

EL CAMPO DE GIBRALTAR EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

por Luis LAVAUUR

A mediados de 1808 por el Campo de Gibraltar empezaron a verse insólitas escenas. Por vez primera en cien años largos el Peñón dejó de erguirse como un reto o una amenaza sobre el territorio circundante, y volatilizaba su función por un sentimiento común, se permeabilizaba La Línea, divisoria de lo que nunca debió separar. Se franqueaban barreras, trincheras y empalizadas sin traba alguna; por la bahía iban y venían botes y chalanas en son de paz, mientras en los cuartos de banderas de San Roque y Algeciras oficiales españoles e ingleses brindaban por el soberano del Reino Unido y Su Católica Majestad.

Aquel súbito cambio de actitud en las gentes exteriorizaba el entendimiento entre dos militares prácticos y de ideas claras, provocado por las noticias de la insurrección del pueblo madrileño contra las tropas de Murat. Un suceso imprevisto, que al ejército de la metrópoli, con un cuerpo expedicionario desplegado en Dinamarca, al servicio de Napoleón, sorprendió impreparado y agarrotado en la red de unas plazas claves, ocupadas por regimientos franceses so pretexto de aliados contra el inglés.

Resumía bien el conde de Toreno en su Historia las únicas unidades disponibles para hacer frente a la crisis al señalar, «en Cádiz y San Roque estaba reunida la fuerza militar de mar y tierra más considerable y mejor disciplinada que había dentro de la nación». Fuerzas considerables y disciplinadas, como el conde apuntó, pero condicionada su libertad de acción y de movimientos por un imperativo categórico y tradicional en el ejército español. En fechas previas a que con la plaga de los «pronunciamientos», comenzaran algunos jefes a obrar por cuenta propia en críticas circunstancias, había sido norma inveterada el absoluto acatamiento a las órdenes reales, o a las del gobierno actuante en representación del rey. De aquí la angustiosa incertidumbre que invadía el ánimo de los mandos militares desperdigados por la península, indecisos ante el dilema de si obedecer las instrucciones del «gobierno legítimo», en aquel momento, y por ausencia del rey, la Junta de Madrid, recomendando con insistencia cooperar con el «aliado» francés, o bien lanzarse a secundar el acéfalo y desordenado levantamiento popular que iba tomando cuerpo por algunos puntos de España.

Decisión en Algeciras

Tal vez no haya recibido la importancia histórica que merece la incalculable trascendencia de la postura, que, adelantándose a los acontecimientos, adoptó el teniente general Castaños, comandante del Campo de San Roque, y, con el empleo de capitán, veterano del Gran Sitio de Gibraltar. Aunque madrileño «per accidens», vasco, por naturaleza y temperamento, Castaños figura bandeándose por la vida como un astuto y epicúreo vizcaíno, sometiendo sus iniciativas a las exigencias de un lúcido pragmatismo.

Coartados —y es un suponer—, sus desahogos de solterón empedernido por el tenso ambiente castrense de San Roque, hacía tres años que el general había estimado oportuno trasladar la sede de la Comandancia a Algeciras, ciudad desde 1755, pero de hecho, un suburbio marinerero de San Roque, regido por un alcalde designado por la localidad señora hasta entonces del Campo que lleva su nombre.

Al llegarle noticias de la confusa situación prevalente en el resto del país, Castaños reaccionó con una postura valiente y personal. Adoptó una línea de actuación perfectamente descrita en un lujoso libro de viajes, publicado por un caballero inglés, que en el invierno de 1809 —y no el único como se verá— realizaba una gira turística por una Andalucía en calma, disponiendo de amplias oportunidades para documentarse sobre los sucesos que comenta durante su estancia en Gibraltar. La versión de míster Jacob reza de esta manera:

Cuando la conducta de Bonaparte movió a la nación española a oponerse a sus designios, Castaños se contó entre los primeros que apoyaron la indignación popular. Desautorizado por el mando supremo, y animado tan sólo por sus patrióticos sentimientos, abrió negociaciones con sir Hew Dalrymple, gobernador entonces de Gibraltar, consiguiendo suministros de tropas e intendencia. Estos arreglos se concertaron antes de los primeros movimientos insurreccionales de Sevilla, y cuando el levantamiento se consumó, y el nuevo gobierno de la ciudad envió su secretario a Gibraltar, para negociar suministros, se enteraron con placer y sorpresa que el patriótico general se había anticipado a sus propósitos y había conseguido del comandante británico los pertrechos y suministros que exigía la situación (1).

Correcta en lo esencial la información del viajero inglés. Armoniza con los antecedentes desempolvados por el general Gómez de Arteche en un estudio revelador de las relaciones quasi amistosas que desde 1805 había

(1) William Jacob: *Travels in the South of Spain. Letters written A. D. 1809 and 1810.* Londres, 1811.

establecido Castaños con los generales Fox y Dalrymple, gobernadores de Gibraltar (2). Coincide asimismo con los datos de una biografía del previsor general que esclarece su gestión en aquella delicada fase de su carrera. Esta biografía puntualiza que, preocupado Castaños al ver en manos «non gratas» importantes plazas fuertes de la península, varias veces se personó en Gibraltar para entrevistarse con su colega, y enemigo, Dalrymple. Añade también, y con soporte documental, que a mediados de abril de 1808, había ya concertado con el gobernador inglés un acuerdo, refrendado por Londres, para recibir ayuda de tropas, armamento y munición, con vistas a una posible confrontación armada entre españoles y franceses (3).

De Algeciras a Bailén

Formalizada la «entente» por los sangrientos sucesos madrileños, sobran regimientos españoles en el Campo al imponer la concordia un enemigo común. ¿Qué razón para mantener inoperante e inmóvil a un cuerpo de ejército, a la espera de una ocasión propicia para recuperar una particula irredenta de suelo español, cuando gran parte del territorio nacional sufría una amenaza mayor? Sinrazón que saltó a la vista de la desorientada Junta Suprema de Sevilla al nombrar el 5 de junio de 1808 a Castaños jefe superior de las fuerzas de Andalucía.

No mucho después llegaron a Algeciras emisarios de la Junta sevillana anunciando que la división de Dupont avanzaba por el valle del Guadalquivir hacia Cádiz, para liberar a la flota del almirante de Rosilly, sustituto de Villaneuve en Trafalgar, y sitiado en medio de la bahía por buques ingleses y la guarnición gaditana. Castaños se dispuso al instante a salir con sus regimientos y voluntarios del Campo al encuentro de Dupont, quien cometió el error de malgastar tiempo precioso en Córdoba entregado al saqueo intensivo de la capital. Castaños abandonó Algeciras con los parabienes del general Dalrymple, y los pertrechos que le procuró, así como la compañía del pequeño destacamento de caballería del capitán Withingham, que solicitó permiso, y obtuvo, para luchar al lado de los españoles. Para suerte de Castaños le seguiría el general suizo don Teodoro de Reding, gobernador militar de Málaga, también aprovisionado en Gibraltar a instancias del emisario de la Junta de Granada, Martínez de la Rosa, un joven profesor de la Universidad.

Mientras tanto el avance de Dupont se transformó en retirada. Noticioso de que en Cádiz había capitulado la flota francesa, y de que se le aproximaban fuerzas enemigas de consideración, Dupont se replegó hacia Andújar agobiado por la caravana de los furgones que transportaban el expolio cordobés. Caros pagó los días que se detuvo en la población jien-

(2) José Gómez de Arteché: «Una intentona ignorada contra Gibraltar», en *Nieblas de la Historia Patria*. Madrid, 1876.

(3) Patricio Prieto Llovera: *El Grande de España, capitán general Castaños, primer duque de Bailén* (Madrid, 1958).

se. Al reemprender la marcha, le esperaban a las puertas de Bailén, cortándole el paso, las divisiones de Reding y Compigny, bajo el mando conjunto del primero, y su retaguardia perdía la compostura presionada por el general Castaños con el ejército del Campo. Artífices ambos, como es sabido, de la primera derrota conocida por las tropas napoleónicas en su fulgurante carrera.

Calma chicha en el Estrecho

El descalabro de Bailén alejó por espacio de año y medio de Andalucía la amenaza francesa y Gibraltar y su Campo vivieron alertas pero en paz. Marca el nivel de convivencia que de los fuertes y reductos españoles se desmontara la artillería de sitio, trasladándola a Valencia y a otros puntos litorales. No les es necesario a los mandos gibraltareños y a los comerciantes permanecer reclusos tras los muros de una ciudadela, donde sobrevive fresco el recuerdo de recientes epidemias como la de vómito negro que en 1804 literalmente diezmo a la población civil —la militar escapó mejor librada gracias a frecuentes relevos— reduciéndola a su mínima expresión. Fruto de una coexistencia pacífica y unilateral, ahora unos y otros pueden disfrutar libremente, y a pleno pulmón, de la campiña circundante, y hasta alquilar o adquirir quintas más allá de La Línea, por las frescas y románticas riberas del Guadarranque y del Palmones.

Lo cierto es que aparte de «pubs» y tabernas, en Gibraltar propiamente dicho, no abundaban lugares de esparcimiento y solaz para «gentlemen». Entre los pocos, la biblioteca de la guarnición, regalo del ministro Pitt. A falta de cosa mejor la frecuentó bastante otro turista de paso, John Galt, un novelista escocés, imitador de Walter Scott, que la conceptuó, «el único lugar de diversión racional para el forastero, y pocas ciudades tendrán una que se la pueda comparar» (4).

Pero no sólo de lectura vive el viajero. Aunque sea literato. Una vez efectuada la visita de rigor a los monos, y otra a la Cueva de San Miguel, en otro pasaje de sus «Voyages», Galt facilita información adicional y descorazonada sobre el resto de las amenidades de la vida en Gibraltar:

Gibraltar cuenta con un despreciable teatro en el que, a veces, actúan cómicos españoles. Las fondas son pésimas, y los precios que cargan exuberantemente magníficos. El duro circula con el nombre de «cob», pero es muy poco lo que con un «cob» se puede comprar.

(4) John Galt: *Voyages and Travels in the years 1809, 1810 and 1811. Gibraltar, Sardinia, Sicily, Malta and Turkey*. Londres, 1812.

Aparte de teñirla con un vulgar y procaz matiz antisemita es particularmente pintoresca su visión panorámica de la población civil gibraltareña:

La abigarrada multitud de judíos, moros, españoles, etc., en el muelle, donde atracan los navíos comerciales, presentaba un espectáculo nuevo para mí. No me fue posible evitar pensar en la odiosa raza de los orangutanes al ver varios grupos de hombres sucios, barbudos, con las piernas al aire, acurrucados a la sombra de algún rincón durante el calor del día. La languidez ocasionada por el calor parecía incrementar la estúpida expresión de sus rostros; particularmente la de los judíos, quienes no obstante el habitual aura siniestra de sus rasgos hebraicos, aquí parecen, deplorablemente, simples animales. Las hembras son acreedoras a cualquier epíteto, excepto los que impliquen ideas de delicadeza y belleza. Pueden, de vez en cuando, posiblemente descubrirse unas pocas que se inclinen hacia lo atractivo, pero, tan raramente, que no es injusto, en conjunto, llamarlas superlativamente feas.

El ambiente de concordia y distensión imperante en los alrededores del Peñón propiciaba el impulso, constante en Gibraltar, sea en guerra o en paz, de evadirse del agobio de la plaza realizando excursiones por los alrededores. Destacado aficionado a este sano pasatiempo Mr. Jacob relata en su libro la última etapa de la gira que hizo desde Gibraltar para conocer la Alhambra:

Llegamos a San Roque antes de que oscureciera, donde encontramos una posada comparable en confort a un «Inn» inglés. Es el punto de cita de los oficiales de Gibraltar en sus excursiones, y el dueño ha aprendido de sus clientes la manera de adoptar la casa a sus gustos, aunque, desgraciadamente, se encarga de hacerlos pagar suficientemente altos.

La confraternización que tenía lugar en el Campo complacía muy poco a los políticos de la Junta Central, radicada en el Alcázar de Sevilla. No paraban de cursar instrucciones recomendando cautela. Nada favorecía la cicatrización de las heridas que la batalla de Talavera había dejado en la epidermis de unos aliados de conveniencia, así como la altanería de Wellington en sus relaciones con la Junta. Los ingleses no eran de fiar, repetía Sevilla. Se les consideraba, con cierta razón, capaces de cualquier cosa con tal de hacer su guerra en territorios lo más distantes de su isla. Se aceptaba su dinero, su armamento y el apoyo de la flota que destruyó a la española en Trafalgar, pero, como en su «Peninsular War» recuerda Southey, que vivió y estudió muy de cerca los hechos: «On one point all the Spaniards agreed. They wanted no assistance from British troops.» Recelo, hondamente arraigado, que en consonancia con la política pro-lusitana de un

gobierno obligó a Wellington a montar sus campañas desde bases en Portugal, donde hacía tiempo que Inglaterra ejercía una especie de protectorado, causa, si bien indirecta, de la serie de acontecimientos que abocaron en la Guerra de la Independencia (5).

Sin embargo, por los alrededores del Peñón se respiraban aires distintos. Frescas aún las eufóricas jornadas de fraternización, es natural que con la calma se estrecharan las relaciones entre el Campo y Gibraltar.

El orgullo de Algeciras

Por estas fechas y con los franceses más allá de Despeñaperros, en realidad al otro lado del Ebro, visitaron Gibraltar numerosos viajeros ingleses, turistas en toda la extensión de la palabra, en ruta la mayoría a Malta y Sicilia, que aprovechaban su viaje para conocer algo de Andalucía.

Para los distinguidos visitantes que Gibraltar recibió durante los meses en que pudo ser visitado con normalidad, nada tenía la ciudadela en su recinto comparable en interés a lo que poseía Algeciras. No se trataba del vistoso acueducto de los Arcos, construido hacía unos cuarenta años por ingenieros militares para dotar de agua potable a la villa. Se trataba, simplemente, del general Castaños, destituido y procesado por la Junta de Sevilla, a causa de un revés sufrido en Tudela ante el mariscal Lannes. Al levantársele el arresto que venía sufriendo encerrado en el monasterio de Santiponce, el general había escogido como destierro su querida casa de Algeciras.

Un buen día de la primera semana de 1809, llevado de su inagotable curiosidad y de su admiración por toda clase de monumentos, sir John Carr, eminente viajero de paso por Gibraltar, decidió acercarse a la villa para conocer a su celebridad máxima, cuyo nombre en Inglaterra lo conocían hasta los porteros de su «club». Disfrutó lo indecible al surcar las aguas de la bahía en un bote que a fuerza de remos le transportó a la orilla opuesta en menos de hora y media. El primer golpe de vista de la población le entusiasmó:

Las casas de Algeciras, unas bordeando el litoral, otras ascendiendo la colina, el gentil verdor de las alturas y las eminentes montañas del fondo, presentan un bello efecto visto desde el mar (6).

Le agradó menos que, antes de llegar su alojamiento, tuviera que soportar una molestia típica en todo lugar visitado por forasteros:

Al desembarcar me asaltó un tropel de pequeños mendigos, que chapurreando un poco de inglés trataban de granjearse la conmiseración

(5) Vide: Pablo de Azcárate: *Wellington y España* (Madrid, 1960).

(6) Sir John Carr: *Descriptive Travels in the Southern and Eastern parts of Spain and the Balearic Isles in the year 1809*. Londres, 1811.

de mis compatriotas, y llegué a una excelente posada atendida por doña Rosina. La fonda ocupa un ángulo de la plaza, en el centro de la cual hay una fuente, con un obelisco de mal gusto.

Obviamente, era gusto distinto el de sir John al del general Castaños, quien con los fondos que se obtenían extendiendo pases para entrar y salir de Gibraltar, había urbanizado la plaza y construido la fuente y el obelisco que la adorna. La ciudad, llena de vida, mereció favorable opinión del baqueteado viajero, que puso la pulcritud por encima de cualquier otra consideración:

Encontré las calles más limpias y las casas más bellas de lo que esperaba en una población cuya presente opulencia debe mucho al contrabando y al corso. Las mujeres, en general, son notables por su fina apariencia y notorias también por realizar considerable contrabando en el comercio del amor.

Como es lógico, sir John no omite consignar en sus «Travels» el conocimiento de la razón principal que le había llevado a la eutrapélica y pulcra Algeciras:

Por la noche tuve el honor de ser presentado a don F. X. Castaños, ex comandante en jefe del ejército de Andalucía en la memorable batalla de Bailén. En lugar de gratitud, un mezquino espíritu de envidia nació en la Junta Suprema, y Castaños se ha retirado a Algeciras, para vivir en privado, lejos de un grupo de ineptos que por su conducta parecen considerar enemigos de su propia administración a quienes sirven a su patria.

No es sir John hombre de muchas palabras. Por escrito al menos. Sin embargo, usa las precisas para dotar de relevancia sus impresiones sobre el héroe, en temporal desgracia, al que visita en su domicilio:

Castaños parece tener unos sesenta años de edad. De modales suaves pero dignos. Encontré vivaz y sensata su conversación, según me la tradujo un oficial inglés que me acompañaba, y que hablaba la lengua con fluidez. La casa en que vive es pequeña y en deferencia a su rango guardan su puerta dos centinelas.

Complementa la semblanza del general haciéndose eco de una especie que circulaba en boca de oficiales ingleses, bien mirada, no falta de fundamento, alusiva a que la batalla de Bailén la ganó en realidad el general Reding, por cierto, a punto de fallecer en Tarragona a causa de las heridas sufridas en la batalla de Valls.

A los pocos días Castaños recibía la visita de otro turista inglés, jo-

ven, riquísimo e inquieto, que años más tarde conquistaría con su pluma gloria universal. A la sazón, lord Byron no era más que el autor de un par de libros de poemas, de escasa resonancia, que había salido de Inglaterra porque se moría de fastidio encerrado en la isla, y deseaba ardientemente conocer Constantinopla y Atenas, dos de los pocos sitios de renombre que tal como estaban las cosas podía conocer un inglés. Hospedado en el «Hotel de las Tres Ancoras», de Gibraltar, el 13 de agosto, escribió a su madre participándole entre otros detalles de su viaje por España: «Ayer cené en Algeciras con lady Westmoreland, donde conocí al general Castaños, el celebrado caudillo español en la última guerra. Esta noche cenó con él.»

Dos días más tarde, lord Byron transmitía a su madre la impresión que le había causado el general: «Es agradable e inteligente, a despecho de noticias en contra.»

Lástima, y grande, el laconismo del poeta en esta ocasión. Tan lamentable como que el vencedor de Bailén no pareció ni darse cuenta, ni enterarse del nombre de aquel jovenzuelo inglés, un poco cojo, con quien cenó, de seguro, con numerosa y alegre compañía, como gustaba hacerlo el sibarítico general.

Los franceses en Andalucía

Un año y medio de completo sosiego reinaba por el Campo de Gibraltar, cuando en enero de 1810 desapareció la calma al trasladarse la guerra, con todas sus consecuencias, a una región que hasta entonces apenas la sintió.

Después de Wagram y de la capitulación de Viena, y en el ápice de su gloria y poder, no aguanta Napoleón que los laureles cosechados en los campos de batalla europeos se marchiten como consecuencia de su gran error español. Su hermano José pretende enmendarlo por las bravas, enviando unidades de refresco al mariscal Soult con una orden terminante e inapelable; ocupar Andalucía en una estación del año propicia al efecto.

Por consiguiente, ochenta mil hombres emprenden marcha desde Madrid hacia el Sur, debidamente instruidos para materializar sobre el terreno el dispositivo estratégico concebido por Soult y por el hermano del Emperador. Simple pero eficaz. Proyectado su plan sobre un mapa del mediodía español, semejaría como una tenaza que apoyara la punta de sus dos extremos en Cádiz y en Málaga. Tres cuerpos de ejército con Mortier, Víctor y Sebastiani al frente, por tres puntos distintos —no ha de repetirse lo de Bailén— franquearán la Sierra Morena. Dicho y hecho. Los brazos de la tenaza se abren y cierran detrás de las tropas españolas que esperan su avance fortificadas en Despeñaperros.

Eliminado al quiebro aquel conato de resistencia, la reunión de las tropas francesas se efectuó en Bailén. Con napoleónica celeridad los mangos de la tenaza volvieron a abrirse bifurcándose y disparándose hacia

el mar. Soult y Mortier con Víctor por delante, siguió el curso de Guadalquivir, mientras que Sebastiani, con su división polaca, saltó de Bailén a Jaén y prosiguió la carrera al mar, después de tomar Granada sin la menor resistencia, y desbaratar la opuesta en las breñas del Torcal, que costó a Málaga un tremendo saqueo.

Suerte de la que se libró Sevilla, al recibir —la verdad sea dicha— poco menos que en triunfo a los invasores. Una vez instalado allí el rey José, con sus ministros españoles (los nombrados por Fernando VII) y la crema de la intelectualidad afrancesada que le acompañaba, Soult lanzó a Víctor contra Cádiz, donde iban a reunirse Cortes para confeccionarle al país una Constitución a la francesa.

Tomar la plaza constituía una exigencia de Napoleón de difícil cumplimiento. Como los mapas indican, Cádiz venía a ser una especie de Gibraltar. Ciertamente sin Peñón, pero con comunicaciones y suministros garantizados por la flota de Purviss. En la Isla de León (hoy San Fernando) y en Matagorda, hasta el 22 de abril, y con acceso prohibido a la entonces isla gaditana, se atrincheraba la infantería inglesa a modo de parachoques contra indeseables visitas por tierra.

La guerra en Andalucía

Con la llegada de las dos lanzadas francesas frente a los mares de Cádiz y Málaga terminaba el paseo militar y apresado entre ellas el cuerpo indefenso de Andalucía. La reacción de los invadidos guarda consonancia con la tónica incruenta de la invasión, determinante del escaso relieve épico con que las operaciones de la región constan en el cuadro general de la Guerra de la Independencia.

Nada étnico ni personal, pues no en vano Andalucía apuntala en los anales de la milicia su casta guerrera como vivero de sobresalientes caudillos. Debió obedecer a distintas razones que, desde Bailén, las batallas se libraran con cierta parsimonia. Los historiadores romanos pararon mientes en esta particularidad atribuyéndola a influjo del clima. Lo cierto es que desde tiempos inmemoriales parece emulsionado en el paisaje andaluz una especie de «genus loci», que dijeron los clásicos, resuelto a impedir que nadie se lo estropee con desmesuradas exaltaciones bélicas. Cuantos marciales acontecimientos escogieron a la Bética como escenario, denotan la perfección con que dicho genio, o lo que fuese se las ingenió para que los ejércitos rivales que se la disputaron, y fueron legión, se movieran por el transitadísimo suelo andaluz sin sufrir violentos encontronazos y con un mínimo de hemorragias; casi con la suavidad con que el filo de un cuchillo penetra por entre la pulpa amable y complaciente de un fruto embriagado de sol y dulzor.

Si se buscan las características de este genio incruento y moderador se descubren en toda batalla librada entre el Guadalquivir y el mar. Desde

Guadalete y Alcolea, escaramuzas con membretes de batallas que torcieron el rumbo de los destinos de la nación, pasando por la conquista y reconquista de Granada, las guerras carlistas y la más reciente toma de Málaga, sin olvidar la pérdida del Peñón, y el sorprendente episodio protagonizado por el comandante Rafael de Riego, que por más de dos meses mantuvo amotinado y de paseo a todo aquel señor cuerpo expedicionario, que sin un combate, sin un disparo —y sin un remordimiento tampoco— asestó por la espalda el tiro de gracia a un imperio de ultramar. Da la sensación que sobre todos estos sucesos gravita el mágico poder pacifista de este genio travieso y singular, quien tampoco debió andar muy lejos de aquel general que casi en nuestros días asaltó y ocupó Sevilla, empuñando el micrófono de una radio local.

No es excepción que la lucha contra el francés por Andalucía se ventilara en zonas muy limitadas del territorio y con caracteres menos violentos que por el resto de la península. Una característica que tuvo cumplido reflejo en punto tan andaluzamente representativo como la zona del Estrecho.

Las guerrillas serranas

El que la acometida francesa, de momento al menos, no incluyera en sus planes a Gibraltar era extremo desconocido en el Campo, donde con los imperiales a derecha e izquierda se comprende no las tuvieran todas consigo. Lo que explica que al asomarse las vanguardias de Sebastiani por Marbella se produjera una ola de pánico batida por el rompeolas del Peñón. Para disgusto del embajador británico que a últimos de aquel enero informaba a Londres de la situación en la plaza:

La irrupción del enemigo ha causado que muchos fugitivos se refugien en aquella guarnición, y por esperar que el número se incrementará, el gobernador, muy acertadamente, ha ordenado salir a todos los hombres, para que se unan a los defensores de su país, dictando restricciones para la admisión de los que lleguen en el futuro.

La aproximación del peligro había detenido el deshielo gibraltareño y de nuevo Gibraltar cerraba sus puertas al tráfico español. De momento sin consecuencias. Al comprobar que la estrategia francesa flanqueaba de lejos la zona del Estrecho, la calma retornó al Campo y su población permaneció a la expectativa del desarrollo de los acontecimientos. Tranquilidad quebrada cuando una columna francesa, procedente de Sevilla, tomó Ronda sin disparar un tiro.

En efecto: al poco de asomar por las montañas patrullas enemigas de observación, la sierra explotó convertida en un hervidero de guerrilleros, que cambiaron su nombre por el de «Serranía de Fernando VII», expresivo de su desprecio por la capital que sin resistencia se entregó al invasor. Compañían las partidas serranas gentes de distinto pelaje al integrante de

las que operaban por el resto de la península. No eran, por lo general, campesinos. Los grupos más indomables y combativos los componían, por un lado, lugareños que cambiaron el arado o el hisopo por el mosquete y el trabuco, por otros curtidos contrabandistas, acostumbrados a vivir a salto de mata y uña de caballo, avezados a tirotarse y tenérselas tías con los del resguardo. Hombres de pelo en pecho que combinaron la patriótica repulsa contra el gabacho con el profundo disgusto sentido al ver su negocio arruinado por la intromisión francesa.

Intentó organizarlos en fuerza coherente don Andrés Ortiz de Zárate, alias «el Pastor», con centro de operaciones en la villa de Grazalema y principal recipiendario del armamento suministrado por la guarnición inglesa de Gibraltar. Con fruto tan escaso como el del general Serrano Valdenebro, bajo cuya jefatura nominal se suponía actuaban unas guerrillas opuestas en todo momento a operar consorciadas con las tropas regulares que hasta no hacía mucho las persiguieron.

En la abundante bibliografía segregada por la Guerra de la Independencia, sitio de Cádiz incluido, se echan de menos relatos referidos a la lucha por el sur de Andalucía. Laguna que desde lado francés salva hasta cierto punto un teniente de húsares suizo, cuya llegada a Ronda coincide con la incomprensible reconquista de la ciudad, el 12 de marzo, por las partidas mandadas por Francisco González, un sargento a quien sus hombres llamaban general. Ante el acoso del general González, los franceses se retiraron en una ráfaga de pánico a Campillos, a la espera del refuerzo del general Peyremont, con cuya ayuda recuperaron la ciudad a los nueve días de haberla perdido. El episodio, como tantos otros de luchas por la serranía (10), describe en sus «Memorias» el teniente Rocca, quien refiere vívidamente las peculiares condiciones en que se guerreaba:

Los destacamentos que salían de Ronda en servicios de expedición o de reconocimiento inmediatamente quedaban rodeados por una nube de tiradores. Cada convoy de víveres nos costaba la vida de algunos hombres muertos en emboscadas. El dulce pasatiempo de los obreros de la villa consistía en salir por las mañanas de Ronda, con sus aperos de labranza, como si fueran a trabajar las tierras; recogían allí el fusil que habían ocultado en una granja, o entre la maleza, y se apostaban entre las rocas o los olivos, fumando sus cigarros, para disparar contra nuestros centinelas. Después, al anochecer, sin armas, venían a dormir entre nosotros (7).

Muestra de que contaríamos con sabrosos pormenores sobre aquella campaña, de no ser porque a las pocas semanas de llegar a Ronda, el teniente Rocca quedó fuera de combate para el resto de la guerra, por culpa del par de balazos que en una escaramuza por los alrededores de Setenil, tropezaron con su cuerpo, obligándole a retirarse inválido a su país natal, para casarse con Mme. de Staël, su celeberrima compatriota.

(7) *Mémoires sur la guerre des français en Espagne.* Par M. de Rocca (París, 1814).

Franceses en Algeciras

Desde el primer momento de alarma, Algeciras actuó como base logística y centro de suministros para las guerrillas de la sierra, patrióticos desvelos de los que en Cádiz tomaron con agrado nota debida. El 8 de marzo de 1810, el general Eguía, desde la isla de León, felicitaba al alcalde de la ciudad, «por los auxilios que esa ciudad y vecindario han procurado aprestos de gente y municiones para socorrer a los pueblos de la Serranía que batían a los enemigos», y a los cinco días de aquella misiva, y desde el mismo lugar, el general Castaños, presidente en funciones de la Regencia, se expresaba en parecidos términos en comunicación dirigida al alcalde «de mi predilecto pueblo de Algeciras» (8).

Más de un sobresalto y sinsabor costó a los algecireños la confianza, por las muestras desmedida que les inspiraba el respaldo amistoso de los inquilinos del Peñón. El débil dispositivo defensivo de la ciudad, particularmente vulnerable por la parte de tierra, había sido concebido con vistas al mar, y al desplegar por las sierras las unidades que la hubieran podido defender, incitó a los franceses a castigar de vez en cuando el patriótico ardor de la villa marinera. Algunas expediciones de observación y descubierta, salidas de Vejer o Medinasidonia, aprovecharon el viaje para hacer acto de presencia en sus calles. Por lo regular consistieron en «raids» relámpago, llevados a cabo por fuerzas de caballería, que infiltrándose por parajes poco aptos para la acción de las guerrillas se aproximaron a la costa con sorprendente facilidad.

Apercibido de todo ello, el vecindario algecireño se abstuvo de comprometer el físico de su ciudad con inútiles y arriesgadas resistencias, deferencia a la que los franceses correspondieron no infligiendo a Algeciras durante sus apariciones daños de entidad. En semejantes ocasiones la población se dispersaba por donde podía o se cobijaba en la isla de las Palomas, habilitada al efecto.

A principios de 1810, y ya de regreso de su minicrucero por el Mediterráneo, se asomó un día a Algeciras desde Gibraltar un viajero inglés, y pergeñó en su obra una gráfica estampa de las precarias condiciones en que, dentro y fuera del casco de la población, vivían los pobladores de Algeciras:

Al revisitar esta villa, casi un año después de mi primera visita, me enteré de que por algún tiempo había estado en posesión de los franceses, y que muchas de las familias leales se habían refugiado en una pequeña isla, poco distanciada de la costa, llamada de las Palomas e isla Verde también. Sobre esta pequeña roca, vi unas mil per-

(8) El texto íntegro de los comunicados en: Emilio Santacana y Mensayas. «Antiguo y moderno Algeciras» (Algeciras, 1901).

sonas viviendo en tiendas y chozas, bajo la protección de un pequeño destacamento de soldados británicos de Gibraltar (9).

La situación de los refugiados en la isla inspira compasivas preocupaciones en el ánimo del siempre informativo sir John:

Tal era su consternación, que aunque los franceses se habían retirado hacía algún tiempo, no pensaban abandonar la isla. De volver el enemigo, al estar tan cerca de la costa y tan aglomerados, quedarían sin duda expuestos a una rápida y cierta destrucción. La vista de esta gente, y de su capilla improvisada y de sus viviendas, era interesante y singular. Otro grupo de leales y más sensatos españoles, con el permiso del Gobernador, habían acampado en la bahía de los Catalanes.

Caridad bien entendida

Los ingleses nunca perdieron comba en las tribulaciones sufridas por el Campo de Gibraltar ante la aparición pasajera de las patrullas francesas. Supieron siempre extraer suculento dividendo de la salvaguardia y protección que extendieron a la población no combatiente de Algeciras y de pueblos aledaños. Y se la cobraron al contado y en especie.

Con el beneplácito de las autoridades españolas, aprovecharon la oportunidad de actuar como antemural contra un enemigo común, para volar concienzudamente las fortificaciones y bastiones erigidos frente al Peñón. Ni que decir tiene el especialísimo esmero con que demolieron un par de fuertes, que en buena lógica, hubieran prestado excelente servicio para mantener a raya al francés, pero a los que por obvias razones de proximidad a sus propias baterías los ingleses les tenían unas ganas locas. Piedra a piedra, desmontaron los fuertes de Santa Bárbara y el de San Felipe, sitios a poca distancia el uno del otro, frente a La Línea y en la cabecera del istmo, llevándose sus sillares, para más garantía y como trofeo de ajena candidez, al interior de Gibraltar, para emplearlos en ciertas obras urbanísticas y de fortificación.

Ofensivas por el Campo de Gibraltar

El soporífero sitio de Cádiz, sometido a inocuos bombardeos desde las baterías francesas del Trocadero, emplazadas en la ribera opuesta de la bahía, dio origen a divertidísimas coplas con acento gaditano de la mejor ley; y también a que los sitiados, y en más seria vena, planificaran varias

(9) Sir John Carr: *Descriptive Travels in the Southern and Eastern Parts of Spain in the year 1809* (Londres, 1811).

acciones ofensivas para sacudirse el cerco, algunas de ellas por el perímetro del Campo de Gibraltar con soporte táctico en el Peñón.

Una de las más ambiciosas, la expedición del general La Peña apoyada por el aristocrático general Thomas Graham, al frente éste de su flamante regimiento de «highlanders» —en el ejército británico suceso nada común— costado y mantenido de propio peculio por su riquísimo comandante. Según Southey, que le conoció bien, sir Thomas constituyó la unidad por una curiosa motivación. Simplemente, por la antipatía que le inspiraron los franceses desde que en un viaje por Francia, al comienzo de la Revolución, un grupo de «sanculottes» se tomó la «liberté» de tratarles, a él y a su esposa con demasiada «égalité» y harta rudeza y descortesía. Es lo que afirma Southey en su «Historia». La expedición desembarcó en Tarifa y Algeciras —no en Gibraltar— para coger del revés a los sitiadores de Cádiz, con los que libraron la sonada e incerta batalla de Chiclana (10).

El 12 de octubre de 1810, zarpaba del propio Gibraltar, por vía marítima y a bombo y platillo, la potente expedición del general Balyney contra Málaga, que fracasó con estrépito prácticamente antes de comenzar. Tan pronto los expedicionarios tomaron tierra al pie del castillo de Fuengirola, cayeron todos prisioneros de las tropas de Sebastiani, con su comandante al frente.

Más directamente relacionada con el Campo fue la operación montada en Cádiz, con vistas a reconquistar Ronda. El 19 de junio fondeó en la bahía de Algeciras la flotilla que transportaba tres mil hombres acaudillados por el general don Luis Lacy, jefe de la expedición, incorporándoseles en Algeciras los batallones de Valdenebro, y unas compañías de fusileros cedidas por el gobernador de Gibraltar, sir Colin Campbell. Secundados por las partidas de Aguilar, Valdivia y Becerra, se internaron sierra adentro, y tras múltiples marchas y contramarchas, a los treinta días regresaron a Casares, tras haber avistado Ronda sin osar atacarla. Incapaces de mantener la formidable fortaleza natural de Casares, donde se atrincheraron, descendieron a Estepona donde reembarcó la expedición al cortarles la retirada el general Rey, procedente de Sevilla. Como otras franco-inglesas, la expedición concluyó con un fracaso total. Llegados a Algeciras, resignó el mando de sus tropas el general Valdenebro en manos del marqués de Portago, comandante interino del Campo, y se retiró a Cádiz con el resto de la expedición (11).

(10) Ascendido a general, Sir Tomas Graham tendría ocasión de probar su acometividad y la de su regimiento, dejándolo casi en cuadro al tomar en asalto frontal la ciudad amurallada de San Sebastián, el 31 de agosto de 1813, y vengándose de sus pérdidas incendiando por completo el caserío de la villa guipuzcoana.

(11) Curiosos detalles sobre esta expedición, y la participación en ella de religiosos, en Fr. Ambrosio de Valencina, *Los capuchinos de Andalucía en la guerra de la Independencia* (Sevilla, 1910).

Gibraltar en el verano de 1811

Por aquellos días, el 12 de julio de 1811 para ser exactos, recalaba en Gibraltar el teniente general Cockburn, antiguo defensor de la plaza con el grado de oficial durante el gran sitio, rumbo ahora de Inglaterra a Sicilia para tomar el mando de las fuerzas inglesas ocupantes de la isla.

El general se admiró de los cambios que apreció en Gibraltar desde que lo vio por última vez. Una ciudad que abandonó en escombros, machacada por el feroz bombardeo sufrido durante el sitio hispano-francés, la encontraba reconstruida, llena de buques la bahía, y entregado el puerto a un comercio febril:

Ahora todo está reparado, la ciudad en el mayor orden, todo es paz y con una guarnición, por lo reducida, casi inadecuada para tiempos de paz (12).

Visita el antiguo frente de combate, en el istmo, donde la mutación es también considerable comparada con aquellos días de combate feroz:

Ahora todo es silencio, sin que nada altere la monotonía de la arena excepto las ligeras trazas de una batería de 64 cañones, y la vieja torre del Diablo. Como si todo tuviera que estar en total oposición a la antigua escena, el único sitio libre entonces de actividad, el espacio neutral en torno al «Devil's Tower», aparece ahora cubierto de hombres miserables, de mujeres y niños medio hambrientos y desnudos, acampados como gitanos alrededor de la torre y al pie de la Roca. Me informaron al preguntar que aquella gente había venido de San Roque, y de los pueblos de alrededor, atemorizada de los franceses. Pensaría uno que la amplia protección que les procuraba su miseria les permitiría dar la misma contestación de aquellos campesinos irlandeses, al caballero que les incitaba a resistir a los franceses: «Seguro, Sir, que no nos comerán, y de no ser así ¿qué otro daño nos pueden hacer? No podemos ser más pobres.» Sin embargo, estos pobres españoles no parecen pensar así, pues al conversar con ellos, su única respuesta fue: «Señor; nos matarán.»

En su afán recopilador también recoge el general Cockburn, y de pasada, un reciente sucedido, cuya realidad, indudablemente retocó y adornó quien se lo relató con cifras y circunstancias a mayor gloria del pabellón inglés:

Un cuerpo de caballería española, al oír no hace mucho que unos pocos franceses habían entrado en Algeciras, a algunas millas de dis-

(12) Lt. Gen. Cockburn: *A Voyage to Cadiz and Gibraltar up to the Mediterranean in 1810 & 11*. Vol. I (Londres, 1815).

tancia, y con dos buenos ríos de por medio, inmediatamente abandonaron un buen cuartel y una buena posición, con un terreno muy apto para que la caballería pudiera apuntarse un éxito y galoparon sin parar hasta llegar a Gibraltar. Por ser imposible admitir una unidad semejante en la guarnición, permanecieron bajo severísima lluvia y con todo el equipo toda la noche y muchas horas más, sin poder inducirles a regresar a San Roque hasta que la pequeña partida de franceses, menos de trescientos hombres, hubieran evacuado Algeciras.

Gibraltar inspira al general impresiones encontradas. Aprueba la residencia del gobernador, un viejo convento franciscano, del Gibraltar español, habilitado al efecto, así como la consabida biblioteca:

Lo han preparado para resistir el calor que durante el día es muy intenso. También han mejorado mucho los jardines. La parte baja de un edificio grande y hermoso, erigido por suscripción, contiene una biblioteca y la alta se usa para reuniones de la guarnición, aunque me haga pensar en lo poco placentero de ponerse a bailar con semejante clima.

Suena extraño, en cambio, que tan pocos plácemes le merezca una población que vivía una era de extraordinario auge y fortuna:

La ciudad de Gibraltar es muy pobre y miserable en apariencia; nunca vi peores tiendas a pesar del gran comercio que se lleva a cabo. Los cuarteles parecen malos y aunque en los últimos veinte años se han gastado millones en fortificaciones, los cuarteles han sido olvidados. Las fondas son malísimas, y los dueños los granujas más grandes del mundo. Tales extorsiones son intolerables porque los alimentos son actualmente baratos. Siempre fue esta ciudad notable por sus borrachos, y por lo que veo conserva su carácter.

Su criterio acerca de la fisonomía urbana de la plaza coincide con el emitido dos años antes por sir John Carr:

Muchas de sus calles son muy estrechas, y casi todas construidas al estilo inglés en lugar de al morisco (al estilo andaluz con su patio quiere decir sir John); no están suficientemente ventiladas, y, naturalmente, resultan más propensas a incrementar que a prevenir epidemias.

En aquel entonces ya era, a juicio de sir John, espeluznante el problema de la vivienda en Gibraltar:

Residen aquí numerosos aventureros atraídos por el prodigioso comercio de manufacturas inglesas que tiene lugar, y es tan reduci-

do el espacio que el gobierno concede para la erección de edificios, que las rentas son increíblemente altas. Trescientas o cuatrocientas libras anuales, por una pequeña tienda, y dos o tres miserables cuartos, se considera normal.

Negocios en Gibraltar

El Gibraltar en pie de guerra visitado por los viajeros ingleses que nos legaron sus impresiones, vivía a todo trapo un momento de gran pujanza y prosperidad. «Business was business» y «Britannia ruled the waves». Funcionaba como pieza clave para burlar el bloqueo continental decretado Napoleón contra Inglaterra —causa ostensible de la invasión de Portugal a través de España— al que Inglaterra respondió con un bloqueo marítimo contra la Europa dominada por Napoleón, menos enfático tal vez, pero a la larga más eficaz.

Factoría, astillero y centro de suministros para el tráfico inglés con el Norte de Africa, Sicilia, Malta y el Oriente Próximo. Gibraltar ofrecía inmejorable base de operaciones para capturar a los navíos que osaban comerciar con el sur de Francia y las costas españolas e italianas bajo pabellón francés. Causa determinante de que los muelles gibraltareños presentaran el animado espectáculo de las subastas a la puja de las presas navales, pasando los fondos recaudados a nutrir las arcas del ejército expedicionario de Wellington, quien jamás apareció por Gibraltar, aunque no fuera más que para agradecerles el favor.

En el orden militar, Gibraltar desplegó menor actividad que la que desarrolló lucrándose desbaratando el comercio de la competencia. En la Guerra Peninsular, como llamaron los ingleses a lo que nosotros y los portugueses, con imprecisión pareja, llamamos Guerra de la Independencia, sin que obste para que cada cual con su apelativo unos y otros nos entendamos, el alto mando inglés tuvo sus razones para resolver que táctica y estratégicamente Gibraltar se comportara algo así como el perro del hortelano o el Enano de la Venta. Como un matón de los mares. Parecieron satisfechos con que el Peñón esparciera en su entorno terrestre el respeto que diamanaba de su artillada corpulencia.

Los horrendos destrozos que durante el gran sitio pulverizaron el caserío de la plaza por lo visto enseñaron a los ingleses una lección. Aprendieron que si la Roca podía ser tan invulnerable como decían, la ciudad de Gibraltar, y sus instalaciones portuarias, resultaban vulnerables en grado superlativo para una artillería hostil, en constante incremento de alcance y potencia de tiro. No otra explicación admite que durante la contienda optaran por asignar a la fortaleza un papel marcadamente pasivo y comercial, sin permitir que se le extrajera el formidable partido ofensivo propiciado por su espléndida posición.

Un general guerrillero

A fines del verano de 1811 la Regencia de Cádiz estimó oportuno extraer al Campo de Gibraltar de su función un tanto pasiva. Ingresó la zona en una fase de actividad ofensiva permanente el 4 de septiembre, cuando procedente del Condado de Niebla, llegó para tomar posesión de la Comandancia del Campo, al frente de unas unidades de refresco, el teniente general don Francisco Ballesteros, un caudillo de fuerte personalidad y alta capacidad combativa, cuyas proezas en la Guerra de la Independencia no sean tal vez todo lo celebradas que merecen, eclipsadas por ulteriores incidencias de su accidentada biografía. Hombre de efervescente historial político, su participación en la contienda la recuerda la Historia mayormente por un episodio no militar en sentido estricto; por haber sido el único general español que al ser designado Wellington generalísimo de todos los ejércitos enfrascados ya en expulsar de España al francés, rehusó servir a las órdenes del estratega irlandés, desplante que le costó su Capitanía General de Andalucía y el traslado desde Málaga al presidio de Ceuta.

Cuando el general Ballesteros desembarcó en Algeciras era ya un profesional de los pies a la cabeza, avezado a la guerra de guerrilla en montaña, concretamente en Asturias. Venía trasladado del frente de operaciones de la provincia de Huelva, donde su autonomía operativa había causado más de un quebradero de cabeza a sus colegas británicos, que habían instado su traslado. Llegaba plétórico de aquel brío combativo que en metafórica carrera le había catapultado a la cima del escalafón. Después de haber permanecido cerca de diecisiete años con el empleo de comandante de infantería, había recorrido en cosa de pocos meses y muchos encuentros la escala desde comandante a teniente general.

Pronto de genio, de veta guerrillera sometida a estricta disciplina, amigo de guerrear con tácticas de gato montés, el Campo cobró notable actividad bélica con la llegada del enérgico militar zaragozano. Como primera providencia se ocupó en poner en orden sus efectivos estructurándolos en un ejército orgánico y operativo. Refundió los aspeados batallones del general Begines, el sucesor de Valdenebro, con los dos mil infantes, en su mayoría asturianos, que se trajo de Cádiz y aumentó considerablemente la caballería de ochenta monturas con que desembarcó.

Terminados sus preparativos, inmediatamente penetró monte arriba hacia el norte, para ocupar la estratégica población-atalaya de Alcalá de los Gazules, desde donde desencadenó una serie de golpes de mano contra las guarniciones de la línea del Guadalete y las de la parte oriental de la serranía de Ronda, por lo general defendidas por unidades polacas que se habían conquistado a pulso horrenda fama por la región.

Ballesteros y los guerrilleros

Rasgo sobresaliente en la actuación de Ballesteros fue la política seguida con las partidas que por la serranía habían llevado el peso de la guerra. Por experiencia propia, y cuña en cierto modo de la misma madera, pocos mejor preparados que el nuevo comandante para justipreciar con tino la efectividad de aquellas unidades en la lucha contra el francés. Como otros profesionales, establecía entre las guerrillas distingos que la literatura, que indiscriminadamente las exalta, opta por olvidar. Su estampa bravía y desgarrada, su celtibermismo a ultranza, tan atractivo para el literato romántico, no quita que las hubiera de clases muy distintas. Una cosa fueron las partidas de Espoz y Mina y las del Empecinado y otra diferente las cuadrillas de la sierra que operaban a su aire, sin orden ni concierto. Es hecho probado la frecuencia con que su «modus operandi» dificultó trazar una línea divisoria entre la furia patriótica contra el invasor y un bandidaje, abierto y descarado. Tanto es así que, en más de una ocasión, sobre todo en Andalucía, sus excesos no militares impulsaron a la población rural, no sólo a combatir las con contraguerrillas en toda regla, sino incluso a recabar del invasor protección para sus vidas y haciendas.

Le faltó tiempo a Ballesteros para comprobar que las relaciones entre la tropa regular y las guerrillas no era todo lo armoniosa que fuera de desear. Más de una vez se vio obligado a adoptar medidas tales como arrestar y conducir prisioneros a Castellar, al juez y al vecindario de Gaucín, «por tratar de ocultar a un asesino que alevosamente quitó la vida a un soldado de Guardias españolas».

Al imponer orden en la anarquía y caos que reinaba en el frente serrano, se formularon ante las autoridades gaditanas quejas contra los procedimientos de Ballesteros, de los que el acusado se defendió esgrimiendo argumentos de peso:

Irremediabilmente se hermanan en la guerra la violencia y la destrucción. y es imposible que falten quejas donde existen exércitos, por severa y rigurosa que sea la disciplina del Caudillo. Así que no extraña hayan sido frecuentes los clamores y quejas de otros contra el tesón de mis mandatos. De esta condición son los castigos y violencias que se me imputan; la necesidad los dictaba, porque repitiéndose las insubordinaciones a mis órdenes, se seguían incalculables perjuicios al servicio.

A tal punto llegó la tensión que Ballesteros no vaciló en cortar por lo sano decretando la supresión de las guerrillas en su jurisdicción, incorporando a sus unidades, y sometidas a la ordenanza general, la parte más aprovechable de ellas.

Directamente afectado por su decisión el guerrillero conocido como

«el Comandante de la Cruzada», cuya destitución generó acres censuras por parte de las autoridades de Cádiz. Entre los «Respetuosos descargos», que Ballesteros redactó en Ceuta para rehabilitarse ante la opinión pública de las críticas sobre su mandato, formuló unos alegatos de general aplicación para entender su reticente postura respecto a las guerrillas:

Su guerrilla, y todas las demás que infestaban el país, fueron uno de los objetos que llamó mi consideración, ya con relación al servicio que prestaban, y ya con respecto a la representación de los pueblos que altamente se quejaban de sus excesos y vejaciones; por mis propios ojos examiné la verdad de estas exposiciones. El mencionado comandante de la Cruzada sería un sugeto recomendable por su patriotismo, pero su disposición no me parecía propia de un guerrillero; me convencí de que eran inútiles y perjudiciales a la Nación las Partidas existentes en el distrito de mi mando, y no dudé un momento decretar su extinción. Si hubiesen aprendido a llenar los fines de su instituto les hubiera distinguido, como he asostumbrado hacer con los valientes defensores de la Patria (13).

La prueba más decisiva de lo acertado de su medida se manifestó en el nuevo cariz que tomó la guerra por los alrededores del Campo y la gratitud de sus pobladores hacia el eficaz general.

La guerra se endurece

Los éxitos de Ballesteros contribuyeron a que la guerra mostrara su faz más fea y feroz por los frentes ahora distantes del Campo de Gibraltar. Procede advertir, que, en términos generales, tanto los mandos regulares del ejército francés como los de el español, procuraron en la medida de lo posible respetar en la lucha las más elementales normas del derecho de gentes. Lo confirma el número y calidad de los militares españoles que poblaron los depósitos de prisioneros en Francia, que regresaron indemnes al concluir la contienda. Sucedió que los guerrilleros, o el pueblo en armas, si se prefiere, no tenía por costumbre hacer prisioneros. Lo que trajo como consecuencia lo que declara el teniente Rocca: «Los serranos colgaban y quemaban vivos a los prisioneros franceses; nuestros soldados, a su vez, raramente daban cuartel a los españoles que cogían con las armas en la mano.» Destino sufrido por los de Ballesteros, en particular los que, irregularidad común por las sierras, caían capturados vistiendo guerreras inglesas o casacas francesas arrancadas de los cadáveres enemigos.

(13) «Respetuosos descargos que el teniente general D. Francisco Vallesteros ofrece a la generosa nación española. En contestación a los cargos que S. A. la Regencia del Reyno se ha servido hacerle en su Manifiesto del año pasado de 1812 dirigido a la misma para su inteligencia.» (Algeciras. En la imprenta de don Juan Bautista Contilló. Año de 1813.)

Un general francés que se distinguió por sus represalias, el guapísimo y relamido Sebastiani, un corso petulante y redicho, que para eliminar malas tentaciones entre la ciudadanía, dio en la flor de decorar las almenas de la Alhambra y los árboles de las plazas granadinas, con los cadáveres de los guerrilleros y de sus secuaces que caían en su poder.

Presionado por unas circunstancias que no pudo dominar, también incurrió en este procedimiento, bien es verdad que guardando más las formas, el mariscal Soult, hombre por naturaleza inclinado a menos heterodoxas formas de hacer la guerra. Los ajusticiados perecían invariablemente en garrote vil. Para dotar de publicidad ejemplar a las ejecuciones Soult dispuso se llevaran a cabo en plena día y en la plaza sevillana de San Francisco. Los condenados sufrían la pena conceptuados por el tribunal de salteadores de caminos: o «briganes», como los calificaba la «Gazeta de Sevilla», que daba cuenta de su ejecución «previas las formalidades de derecho», como jamás olvidaba el periódico puntualizar.

El número del 21 de enero de 1812, relacionaba el fin de once desgraciados, entre ellos los miembros de la partida de «el Tiznado», con sus nombres y apellidos, seguidos de sus apodos: «el Mata Gatos», «el Salta Tapias», «el Gitanillo», «el Cocote» y «el Laña».

A la caza de Ballesteros

De no merodear Ballesteros por la serranía, no cabe duda de que Sevilla hubiera sido una fiesta para el francés. Gran parte de la población de una ciudad alegre y atractiva de por sí, había permanecido esperándoles cuando las tropas de Soult avanzaron de manera que pareció imparable y en la capital proliferaban bailes, teatros y otros festejos menos macabros que las ejecuciones. Trasluce el grado en que gran parte de la aristocracia local confraternizó con el invasor, el hecho de que entre los veintitrés regidores de la municipalidad se contasen los marqueses de La Granja, de Castilleja, de Cortes, Tablantes, Iscar y Torreblanca, amén de los condes de Monte Agudo y Peñaflo.

Al mariscal Soult, entronizado como un sátrapa oriental en el palacio arzobispal, las actividades serranas de Ballesteros le supieron a rejalgas. Particularmente al llegar a un punto de audacia en que se vio obligado a interrumpir su pasatiempo favorito. En cumplimiento de una orden del rey José, resuelto a instalar en Madrid un museo de pinturas al modo con que su hermano había montado uno en el Louvre, el duque de Dalmacia, asesorado por su amigo, el conde de Montarco, comisario regio de las Andalucías, se entretenía despojando a las iglesias y conventos sevillanos de sus mejores Murillos. En vista de los partes que recibía de sus generales por el frente de Ronda, no tuvo Soult más remedio que aplazar el expolio y ponerse a imaginar la manera de poner coto a las arremetidas de su enemigo taponándole sus plataformas de lanzamiento: Tarifa y el Campo de Gibraltar.

Estimó al principio empresa fácil batir a Ballesteros. Envió contra él, desde Málaga al general Rignoux, y a Cassagne desde Ronda, de los que el general español se desembarazó esquivando hábilmente su acoso. Convencido Soult de que la empresa era más ardua de lo que creyó, en octubre de 1811, organizó una expedición en toda regla. Desde su base de la población gaditana de Prado del Rey despachó contra Ballesteros al fogoso general Godinot, célebre por haber desbaratado hacia poco, en las Alpujarras, a la columna del conde de Montijo y al general Semelé. Un total de 10.000 hombres penetraron por la serranía con tren artillero e instrucciones de tomar posiciones frente a Tarifa y Gibraltar.

Ballesteros aguardó a la columna francesa sólidamente atrincherado en los altos de Jimena, su base de operaciones, pero sin hacerse ilusiones respecto a sus posibilidades de resistencia. Sabía que llevaría las de perder de arriesgarse a dejarse envolver por los disciplinados regimientos franceses y, al verlos aproximar, se retiró ordenadamente sobre San Roque. Salió allí a su encuentro uno de sus más ardientes admiradores, sir Colin Campbell, el nuevo gobernador de Gibraltar, y Ballesteros, de acuerdo con el inglés, ordenó al vecindario desalojar la población, que los franceses no tardaron en ocupar, así como Algeciras.

Españoles en Gibraltar

Se dice que la Historia no se repite. La verdad es que, como crónica de humanos acontecimientos que es, a veces lo hace y hasta en forma reiterativa. Por lo menos en el Campo de Gibraltar. Al ser evacuado en masa el pueblo de San Roque, el 11 de octubre de 1811, sus habitantes, y a un poco más de cien años de distancia, repetían la Historia topográficamente en sentido inverso, y como «casus belli» también. Los descendientes de la población legal de Gibraltar volvían a verse forzados a abandonar sus hogares y establecerse temporalmente a campo raso, esta vez bajo pabellón británico, cobijados en barracones improvisados en el istmo y en la bahía de los Catalanes, poblada por malteses y genoveses. Vinieron también gentes de Algeciras, aunque parte del censo, con los archivos del Ayuntamiento, prefirieran esperar a que escampara el temporal refugiados en la isla de las Palomas por no deber a los ingleses ningún favor.

Únicamente los ancianos, enfermos y mujeres con niños de San Roque encontraron mejor refugio dentro de las murallas de la plaza, y según informaron a sus lectores los diarios de Londres, que por aquellos días dedicaban suma atención a cuanto sucedía por Gibraltar, también penetró en la ciudadela el general Ballesteros con su Estado Mayor, para ser recibido en triunfo y agasajado por sus ocasionales compañeros de armas.

El comercio gibraltareño, que vio en Ballesteros un eficaz defensor de sus intereses, organizó una suscripción en favor de sus soldados. Cómo no hacerlo cuando la «Gaceta» gaditana publicaba regularmente comunicados de Londres, relacionando los donativos recaudados en la capital inglesa «en-

tre españoles residentes y sus amigos, para auxiliar a las tropas del general Ballesteros». En una de las últimas remesas encabeza la larga lista nominal el poeta don Juan Bautista Arriaza, los redactores del «Times», seguidos por generosas partidas de capotes, camisas y una de 3.205 pares de zapatos, sin nombre del donante; tal vez llevados a cabo por la Intendencia militar inglesa (14).

Fiascos franceses

El prestigio de Ballesteros se realzaba al salir triunfante en todos sus encontronazos con el enemigo. Su táctica surtía efectos porque en pequeña escala hacía la guerra al estilo de Wellington. Atacaba por sorpresa cuando las bazas pintaban en favor suyo y se recogía a seguro si el enemigo reaccionaba con energía. Su encierro en Gibraltar formaba parte de una maniobra pendiente de remate. Al retirarse había dejado en las montañas a su lugarteniente don Antonio Solá, observando los movimientos enemigos. En momento oportuno, y transportado por navíos británicos, Ballesteros desembarcó con sus batallones por la parte de Estepona y en lugar convenido enlazó con Solá, para, entre los dos, complicarles la retirada a Semelé y Godinot que se replegaban a Ronda desde San Roque y Tarifa. Godinot sufrió quebrantos en la serie de emboscadas tendidas por Ballesteros, aunque sin sufrir pérdidas de la cuantía de las infligidas a Semelé, que en Bornos dejó tras de sí copioso botín de prisioneros y de material.

La operación francesa tuvo como epílogo un desenlace poco equitativo. Llamados sus dos jefes a Sevilla, para responder de su impericia, el infortunado Godinot —médico de su honra— puso fin a sus días al estilo de Hemingway. Al regreso de la entrevista con su superior, el mariscal Soult, se tendió en el lecho de su alcoba abrazado a un mosquestón del que se apoderó en un descuido de la guardia y, apoyando la sién en el cañón del arma, se voló la cabeza.

Un episodio apto por su truculencia para trascender y ser recogido por la «vox populi». Un pliego de cordel, que canta las proezas de «Ballesteros, honor de la España, rayo en la guerra que aterra al francés», versifica con expresiva crudeza el triste fin del director de la fallida intentona contra el ídolo popular de la zona del Campo:

*¡Con qué astucia burlaste el ataque
De Godinot, que fiero y cruel
Pretendía apresar tu persona
Y privarnos de un héroe tan fiel!*

(14) «Gazeta de la Regencia de las Españas del martes 14 de julio de 1812».

*De vergüenza y confusión cubierto
A Sevilla le vieron volver,
Soult lo insulta, y se mata a sí mismo
Temeroso de otra acción perder (15).*

Indiferente Soult al hecho de radicar la gloria de Tarifa en lo epopéyico de una defensa excepcional, no cejó en su empeño de apoderarse de una plaza inmortalizada por la gesta de Guzmán el Bueno. Bien es verdad que para la estrategia francesa Tarifa constituía un objetivo de primera magnitud, por ofrecer la posibilidad de entorpecer el tráfico marítimo por el Estrecho y partir por tierra a las fuerzas hispano-inglesas en dos, protegiendo la retaguardia de los sitiadores de Cádiz.

Muy a últimos de 1811 repitió su plan, esta vez con el general Leval, sucesor de Sebastiani en Granada y el mariscal Víctor, el atacante de Cádiz, quienes convergerían sus movimientos sobre Tarifa con los del general Barrios, procedente de Ronda. Comenzaba así la más sangrienta batalla de las libradas en el Campo de Gibraltar, que en realidad no sirvió de escenario para combates decisivos.

Abierta brecha en las murallas de Tarifa por la potente artillería de la expedición francesa, el 31 de diciembre de 1811 se lanzó la infantería a un asalto furioso contra la plaza, brillantemente rechazado al arma blanca por los soldados del general Copons y los ingleses del coronel Skerret. Al inundar las trincheras francesas los temporales de lluvia al poco sobrevenidos, les fue preciso a los atacantes levantar el sitio el 4 de enero de 1812, concluyendo así una defensa, aunque breve, a la altura por su heroísmo de las más encarnizadas que tuvieron lugar en la guerra de la Independencia (16).

Operación en la que no intervino el general Ballesteros. Al menos de forma activa. El 27 de noviembre, al vislumbrar desde sus vanguardias de Estepona la aproximación contra San Roque de la columna de Leval, escabulló su embestida y acompañado de una enorme masa de refugiados se situó en La Línea, al abrigo de los cañones del Peñón. Al día siguiente inició un ataque para recuperar la torre Carbonera, que dominaba a San Roque, pero rechazado por las tropas de Leval, con la caballería enemiga a sus talones, retornó a su campamento de La Línea, donde pasó las Navidades y recibió a un año que en lo militar le sería a España altamente propicio, pero que sumiría a su carrera en un eclipse temporal.

No cabe duda que la prudente maniobra de Ballesteros mereció de la Regencia de Cádiz menos plácemes que del anónimo autor de su «Elogio», nada remiso en agradecer a los ingleses que propiciaran el repliegue del escurridizo caudillo:

(15) «Canción en elogio del Excmo. Sr. D. Fran^{co}. Ballesteros». (Hoja impresa a dos caras sin fecha ni lugar de impresión. (Colección de «El Fraile». Servicio Histórico Militar. Madrid.)

(26) Un circunstanciado relato de la operación en Eugenio de Santos Rodrigo: *El sitio de Tarifa* («Carteya». Madrid. Abril 1976).

*Con cañones tu valor protege
Nuestro buen aliado el inglés,
Gibraltar con sus fuertes murallas
Te ha librado(de) prisionero ser.*

Los imperiales frente a Gibraltar

Consecuentes con una costumbre establecida, ni los ocupantes de San Roque se acercaron a Ballesteros y a Gibraltar, ni en Gibraltar se adoptaron medidas especiales de defensa, pues estaba más que claro que tampoco esta vez llegaban con intención de atacar el Peñón. El objetivo de su última aparición se limitaba a bloquear el paso a tropas susceptibles de acudir por tierra en auxilio de los defensores de Tarifa. Por su parte, los franceses, carentes de apoyo naval, a simple vista comprobarían desde el privilegiado observatorio sanroqueño lo insuperable del obstáculo, que en 1808, y en una de sus obras, indicaba con tristeza un ilustre jefe de la armada española:

No se comunica con el continente más que por una lengua estrecha de arena, de un tiro de mosquete de ancha. Como en esta especie de istmo apenas pueden levantarse trincheras, por la naturaleza del terreno, y porque los sitiadores quedan siempre expuestos al cañón y al fuego de la plaza y de los buques de guerra que la auxilian, pasa Gibraltar por inexpugnable (17).

Circunstancia sabida de memoria por Napoleón. Años después, recluso de por vida en Santa Helana, a la pregunta de si entró en sus planes ibéricos atacar Gibraltar, con esperanzas de tomar posesión de la plaza, el ex emperador contestó:

No tuve interés en descargar a Inglaterra de aquella posesión. No cierra nada ni abre nada. Es un regalo de Inglaterra a Francia, porque asegura a Inglaterra el odio eterno de España.

Frase napoleónica en todos los sentidos. Inspira una duda. ¿Plagiaba el general del siglo lo de la zorra y las uvas o enunciaba un clarividente principio de política internacional? Quién lo sabe. Puede que ambas cosas a la vez.

(17) Isidoro de Antillón: *Geografía astronómica, natural y política de España y Portugal* (Madrid, 1808).

Ballesteros en La Línea

A los habitantes del Campo de Gibraltar les extrañaban las entradas y salidas del general español acampado con sus tropas en los alrededores de La Línea, en la, por lo común, hermética ciudadela para los españoles. Episodios que una curiosísima historia en verso de la Guerra de la Independencia, impresa en Algeciras, y bien pulcramente por cierto, narra con acentos épicos y anglófilos por partes iguales:

*El rayo de la guerra, Vallesteros,
Capitán general de Andalucía,
Reprime el desenfreno y osadía
De Dalmacia, y satélites groseros
En el extenso Campo de San Roque.
Y no hay encuentro, lid, acción o choque,
En que los galos tercios no escarmienten,
O los haga escapar cobardemente.*

*Y, si cauto retira sus mesnadas,
Baxo de las murallas artilladas;
De los caros ingleses;
Para evitar desgracias o reveses,
Su corazón benigno, compasivo,
No sólo al militar bravo mantiene,
Sino a todo español, que acude y viene
Menesteroso, expulso y fugitivo (18).*

Es sumamente pertinente la nota aclaratoria del verso «Baxo de las murallas artilladas», en la que «el español amante de la patria», quienquiera fuese, pero testigo presencial de los sucesos, informa: «Quantas veces se retiró el general Vallesteros baxo el cañón de Gibraltar, mantuvo en su línea infinidad de gentes de los pueblos de las Andalucías, que huían por la gran miseria que se padecía en ellos.»

La nota y la cuarteta postrera se refieren a la política de Ballesteros con la población civil bajo su amparo y que le congració en alto grado con los atribulados pobladores del Campo. El invierno de 1811-1812 llegó a su punto álgido el hambre que azotó a una España depauperada por la guerra, situación de la que hace un truculento retrato Mesonero Romanos en el capítulo «El Hambre de Madrid» de sus *Memorias de un Setentón*. Sensibilizado Ballesteros por los sufrimientos padecidos por los

(18) *Glorias de España o Historia de los sucesos memorables acaecidos desde principios del año 1808 hasta 22 de enero de 1812. Por un español amante de su patria.* (Algeciras. Imprenta de don Juan Bautista Contilló y Conti, 1812.)

andaluces bajo su zona de influencia, asumió la responsabilidad de permitir, que a través de Algeciras, se introdujeran harinas y comestibles en las comarcas ocupadas por el enemigo.

A la hora de la rendición de cuentas, la Regencia de Cádiz examinó de modo muy desfavorable su humanitaria decisión. En el «Descargo» ya citado, redactado por Ballesteros en su reclusión de Ceuta, el general en desgracia se defiende del cargo de la Regencia en términos que traslucen las horrendas condiciones en que vivió la población no combatiente de la zona:

Los habitantes de Andalucía de mil en mil venían buyendo de la muerte a solicitar alimento; las ciudades y pueblos de estas dilatadas y afligidas regiones enviaron a sus comisionados a pedir esta gracia; me constaba por experiencia propia, que morían por las calles a centenares de hambre, y que el enemigo, al paso que abundaba de todo por medio de sus depósitos, veía con indiferencia esta catástrofe. ¿Qué beneficio resultaría a la Patria de que los Andaluces muriesen de necesidad, y los Franceses vivieran en la abundancia riéndose de esta calamidad? Supe partir con ellos la subsistencia de mis soldados y aún más la mía propia; establecí sopas encendidas al intento, no sólo en el Campo de Gibraltar, sino en la Serranía de Ronda y Hoya de Málaga.

Ballesteros entendía, además, no fueron momentos aquellos para detenerse en tecnicismos legales y burocráticos respecto a la moneda con que se pagaba a los marroquíes las vituallas desembarcadas en Algeciras. Lo que le costó verse en la necesidad de defenderse del cargo que le hacía la Regencia por haber permitido que las transacciones se realizaran en napoleones y otras monedas del invasor:

Quando colocado debaxo del Peñón de Gibraltar providencié que corriera la moneda francesa para la facilidad del tráfico y del comercio, y por los deseos de los vecinos de San Roque y Algeciras, y de los demás pueblos que sucesivamente quedarían libres.

Se comprende la amargura con que se lamenta que los burócratas de Cádiz, «desaprobaran esta determinación en los términos más injuriosos, asegurando que era igual a la que Murat decretó en Madrid».

Pudo consolarle de tan odiosa comparación saber que quienes en el Campo de Gibraltar sufrieron en su carne aquella terrible penuria, agradecieron profundamente el valiente rasgo de su protector.

La retirada francesa

Para Gibraltar y su Campo la situación se despejó considerablemente en la primavera de 1812, al estimar Napoleón preciso engrosar a toda prisa sus efectivos en el Este de Europa para lanzarse en tromba a la invasión de Rusia. Consideró menos expuesto, para sus planes en España, desgarnecer a la relativamente estática Andalucía y, entre las fuerzas que entresacó para nutrir a la «Grande Armée», se contaron parte de las fuerzas sitiadoras de Cádiz y los regimientos polacos que tanta guerra dieron por la Serranía de Ronda.

Ocasión que, dejándose de cautelas, aprovechó Wellington para desencadenar desde su guarida de Portugal una ofensiva seria y en profundidad, resuelta en la batalla de Arapiles, o de Salamanca, que destrozó al ejército de operaciones de Marmont y le dejó franco el paso hacia Madrid. Al ocupar Wellington en agosto de 1812 la capital de España se desmoronó en su integridad el dispositivo ocupante francés de Andalucía. Amenazados de copo, levantaron precipitadamente el sitio de Cádiz y comenzaron a desalojar la región entera retirándose hacia Valencia, por Albacete y Almansa.

Tan señalados acontecimientos sorprendieron a Ballesteros atacando a Leval en Málaga, como «general en jefe del cuarto ejército y Capitán General de los quatro reynos de Andalucía», cargos conferidos con el Consejo de Regencia, en premio a su brillante labor. Acaudillaba ahora un potente ejército de operaciones, considerablemente aumentado con los reclutados por los pueblos que iba liberando. Al recibir nuevas del repliegue general de los franceses, retrocedió a Jimena y coronó su campaña ocupando Ronda, Villamartín y la línea del Guadalete, el 26 de agosto, el día en que los sitiados de Cádiz habían pasado a la ofensiva para reconquistar Sevilla.

Mientras Ballesteros salía disparado en persecución de Soult, que por Antequera se retiraba hacia Granada y Valencia, el Campo de Gibraltar sufrió un sobresalto más. En su repliegue desde la línea de Cádiz el general Villat se apoderó de San Roque, estableciendo su cuartel general en Los Barrios. La última comparecencia enemiga y de corta duración.

Desaparecido el peligro, inmediatamente regresaron a sus puntos de origen los refugiados en La Línea y extramuros de Gibraltar. Profundo desconsuelo el de los vecinos de San Roque al encontrar a su pueblo como si hubiera sufrido una serie de bombardeos. La saña con que los franceses vengaron su frustración la certifica cierta señora inglesa, residente en Gibraltar, esposa de un comerciante londinense que se estaba enriqueciendo suministrando desde puertos argelinos carne fresca a la guarnición:

Fuimos a San Roque, a inspeccionar las devastaciones de la guerra. Cuando los «monsieurs» desalojaron a los habitantes de esta pe-

queña y bonita población, se lo pasaron en grande. Descubrieron la afición de los españoles a los grandes y hermosos espejos, los posaron en tierra, y, como no eran portátiles, danzaron sobre las lunas y con sus marcos encendieron hogueras. Recogí algunos fragmentos como recuerdo de aquellos horriblos tiempos (19).

En octubre de 1812, tanto sosiego reinaba por el Campo de Gibraltar, que aquella coleccionista que se entretuvo recogiendo trocitos de espejo como «souvenir», tuvo entonces la oportunidad y el placer, de, entre púdicos remilgos anglicanos, rechazar una invitación para presenciar, en la plaza junto a la iglesia del revitalizado San Roque —¡horror de horrores!— una corrida de toros, y —¡Cielo santo!— celebrada en Domingo.

Por hallarse en Ceuta sufriendo arresto, no pudo el artífice de la liberación recibir en el Campo los honores y parabienes a los que sus triunfos le hicieron acreedor. En un pronto de los suyos, Ballesteros había renunciado en Málaga a todos sus cargos y distinciones, «por juzgar incompatible con el honor y representación pública de la Nación, el nombramiento de capitán general de todos los ejércitos de la Península, en el dignísimo caudillo lord Wellington».

Una paz inestable y precaria

Tan pronto como los franceses cesaron de plantear problemas por el Campo de Gibraltar, otra clase de preocupaciones gravitaron dentro de la plaza. A punto de recobrar el Mediterráneo su marítima normalidad, al «boom» gibraltareño le llegó la hora de ir asentándose sobre bases menos coyunturales que las bélicas, volviendo el contrabando tradicional a ocupar destacado lugar en el sustento de su comercio. Otra nota negativa, la epidemia de fiebre amarilla —una más— desencadenada en la primavera de 1815. Con el Campo accesible, fácil de soportarla por quienes, a base de influencia, lograban sortear los rigores, no excesivos, de la cuarentena española.

La epidemia, y la «entente cordiale» con sus vecinos, inspiró al gobernador, sir George Don, la idea de hacer de la necesidad virtud y dilatar por tierra los límites angostos de la plaza. Poco trabajo debió costarle obtener de las cándidas autoridades españolas permiso para instalar en el istmo, y lo más lejos posible de las murallas, unos barracones para albergar provisionalmente, no a los apestados, sino a los que temían contraer la plaga. Los barracones se instalaron —faltaría más— así como un cementerio, y todo bajo la filantrópica enseña de la Caridad. El Gibraltar inglés, como aquella maraña de arbustos que misteriosamente se mueven en el acto final del «Macbeth», había dado el paso inicial de la subrepticia y solapada progresión de sus lindes.

(19) *Travels in Algeirs, Spain, &c. &c.* (Londres, 1817).

En el verano de aquel año la epidemia cedió y concluyó en Viena aquel famoso Congreso remodelador de Europa, y en el que de tan inepta manera defendió los intereses españoles nuestro ministro Labrador, cuya ineficacia encuentra digno parangón en la del gobierno que le designó para el desempeño de tan delicada misión. De un Congreso en el que con el apoyo de la Europa continental pudo plantearse de modo efectivo el contencioso de Gibraltar, no sólo España volvió con las manos vacías mientras se las llenaron otros países que no habían opuesto a Napoleón resistencia digna de nota. Para colmo, salió formalmente clasificada por los Cuatro Grandes (Inglaterra, Rusia, Prusia y Austria), como una potencia de segundo orden, y, una vez Napoleón fuera de combate para siempre, seriamente deterioradas sus relaciones con Inglaterra.

Debe consignarse en este capítulo de despropósitos que, una vez terminada oficialmente la guerra, una paz generalizada devolvió al Campo los días de zozobra y tensión. Ya habían comenzado a enfriarse las relaciones entre el Peñón y el Campo que lo vigila de resultas de la política vindicativa y represiva de Fernando VII contra los liberales, haciendo a muchos de ellos buscar refugio en Gibraltar. Una desavenencia que todavía no tomó estado oficial. La tomó tan pronto como al gobernador de la plaza, y respetuosamente, por supuesto, se le sugirió cumpliera su promesa de demoler los barracones del itismo, razonable demanda que recibió la callada por respuesta. No así al ponerse los mandos españoles a reconstruir, en propio terreno, los bastiones con tanta diligencia demolidos por los ingleses en 1810, tarea que hubo de pararse en seco en virtud del célebre despacho cursado por Mr. Don, a don José María Alós, comandante general del Campo:

Suspenda seguidamente las obras comenzadas, y si las empieza de nuevo dispararé un cañonazo. Si no basta, dispararé otro. Si continúa la obra, dispararé una andanada (20).

Claro que bastó y a la fuerza ahorcan. Y si al interrumpirse la obra el Campo no se libró de una humillación más, se ahorró al menos un bombardeo de la artillería del Peñón. De una plaza que no se arriesgó a disparar un solo cañonazo durante toda la guerra contra Napoleón.

(20) Una sucinta y ordenada recapitulación de estos sucesos en Mariano Aguilar Olivencia: *Gibraltar*. Talleres Gráficos YGOL, Barcelona, 1973.